

JOSE AGUSTIN GOYTISOLO

# Lloro por tí, Argentina

AUNQUE algunos historiadores lo afirmaron, no es nada seguro que Américo Vespucchi pisara la tierra que hoy se llama Argentina. El que sí lo hizo, y con toda seguridad, fue Juan Díaz de Solís, que remontó y vivaqueó en las orillas del luego llamado Río de la Plata, cuando buscaba un paso hacia el Océano Pacífico, que pronto Magallanes encontró mucho más al sur.

Buenos Aires fue fundada dos veces —por Pedro de Mendoza, primero, y por Juan de Garay, 44 años después—, las dos en el siglo XVI. Y hay quien habla de una tercera y mítica fundación de la ciudad, en nuestro siglo, debida a la fantasía voluntarista y literariamente auténtica de Jorge Luis Borges.

Vuelvo al siglo XVI: comienzan la colonización, más que conquista del país, que fue bronca, confusa y cruel, sobre todo para los pobres indígenas, que no eran muchos, pero que existían hasta que dejaron de existir algunos de ellos, y otros escaparon hacia el sur, hacia el norte y hacia el interior; estos dos últimos

grupos se unieron posiblemente a sus civilizaciones andinas de la patata y el maíz y a los tupí-guaraníes de la cuenca del Paraná, y fueron algo respetados ambos, pues eran útiles para la explotación minera y el trabajo agrícola; las tribus de cazadores de la Pampa, el Chaco y la Patagonia, que se rebelaron contra estos tipos de trabajo, fueron exterminadas poco a poco, y rápido después de la Independencia y hasta en este siglo, pues molestaban el desarrollo de la ganadería ovina y vacuna. Y todo esto ocurría porque esa tierra era muy rica.

Salto ahora tres siglos. A comienzos del XIX la Junta de Buenos Aires planta cara al Gobierno español; luchas contra las tropas realistas: San Martín, en el norte, y Artigas en la banda oriental, que luego se separó de Argentina formando el Uruguay; y surgieron triunviratos en esta guerra; el Congreso de Tucumán declaró la Independencia y dio poderes omnímodos a Pueyrredón. Después, más luchas, más cuartelazos, más dictaduras. Y todo porque Argentina era rica en ovejas merinas, en ganado bovino y en cereales

principalmente; y empiezan a llegar inmigrantes europeos en número notable.

Se impuso cierto orden constitucional, y Urquiza fue el primer presidente, aunque algo a precario, ya que no fue reconocido por Buenos Aires, que quería ser un estado aparte. En 1861 Mitre venció a las tropas de Urqui-

*“Lo que está ocurriendo con Menem no es triste para él sino para el pueblo argentino. Es un personaje trágico en medio del desastre nacional”*

za, y fue democráticamente elegido por todo el país, y se le consideró el primer presidente constitucional, al que sucedieron Sarmiento, Avellaneda y la tira.

Pero seguía el ruido de sables, hubo alzamientos, guerras exteriores, altibajos económicos y crímenes. La auto-llamada *madre patria* había enseñado sus

métodos a esta hija rica y a otras no tan ricas. Pero los inmigrantes aumentaban, y la riqueza se mantuvo.

Esta situación de dudosa democracia formal, aparente, era por supuesto mejor que el período anterior, el que va desde la colonización a la presidencia de Mitre, y también iba a resultar mucho mejor que la situación que se formaría a partir de 1930. Ese año el general Uriburu destituyó al debilitado presidente Yrigoyen, en su segundo mandato constitucional, y se proclamó dictador; después fueron elegidos el general Justo y, más tarde, Roberto Ortiz, civil, que fue sucedido por su vicepresidente, Castillo; siguen más militares, los generales Ramírez y Farrell: este último convocó elecciones en 1946, que ganó de calle el general Perón, ayudado por su carismática Evita, la de los descamisados, y empujado por el poder de la CGT. Perón declaró, entre otras maravillas, que el ejemplo político a seguir era nada menos que el nacional-sindicalismo del general Franco, y que se tenía que detener el avance de socialistas y comunistas en el país. Y el país ya no era tan rico,

aunque seguían llegando inmigrantes y la lana de las merinas, la carne y el trigo se vendían bien. El peronismo era un populismo curioso, mezcla del apismo peruano de Haya de la Torre, cerca del franquismo y también del fascismo italiano, que Perón mamó en su estancia como agregado militar en Roma, durante un par de años, y mezcla también de pinceladas porteñas y de odio a cualquier cosa que oliera a inglés.

El cóctel peronista llevó a una situación económica y social muy grave, y duró hasta 1955. Más dictaduras militares: Lonardi y Aramburu; interludio civil de Frondizi; luego otra dictadura, del paisano Guido; otro interludio civil, de Illia; golpe militar de Onganía; el *cordobazo* y otro gobierno militar, el del general Levingston, y otro más, del general Lanusse; comienzan a actuar los montoneros y otros grupos revolucionarios; elecciones y tercer interludio civil para Héctor Cámpora, que renuncia a la presidencia, como buen militante justicialista, y provoca otras elecciones que dan el triunfo y traen desde España al anciano y exiliado Perón, que vuelve acompañado de su segunda mujer, María Estela Martínez, a la que el general llamó Isabelita, quizás porque rimaba con Evita, y con Isabelita por nombre se quedó. Ah, también regreso desde España el cadáver embalsamado de Eva Duarte. Parece ser



## Lloro por tí, Argentina

■ Viene de página 11

segura la vinculación Perón-Isabelita con la Logia P-2.

A su llegada, en el aeropuerto de Ezeiza, muchos de los que aguardaban fueron ametrallados por francotiradores muy identificados, y la cosa empezaba bien. Al poco, muere Perón, e Isabelita, tambaleante y manejada por todos lados, aguanta el desastre dos años: el país estaba empobrecido y enfrentado, pero la situación no había tocado fondo. El único poder, claro, era el ejército.

Repaso triste y más reciente: los cuatro generales sucediéndose entre asesinatos, desapariciones, torturas y miedo: Videla, Viola, Galtieri y sus Malvinas y Bignone. El país ya era pobre, pero aún no de solemnidad. Ya no había inmigrantes, sino emigrantes para salvar la piel o simplemente para encontrar trabajo. Bignone convoca elecciones y sale como presidente el radical Alfonsín, que demuestra mejor voluntad democrática que eficiencia económica y política, y que cumple entero su mandato. Y en los nuevos comicios, la apotheosis: el nuevo presidente es Carlos Menem, por mayoría abrumadora, empujado otra vez por la ilusión peronista. Por favor.

El descalabro económico, bajo todos los mínimos tolerables, lleva a privatizar los ferrocarriles, el teléfono o las Aerolíneas Argentinas. Pero también hay gente que saca provecho en tiempos de miseria. Salen a luz pública las andanzas y desfuegos del clan de los Saadi en la po-brísima Catamarca: tráfico y consumo de drogas, infiltración de esa familia en todos los cargos y puestos de poder, implicación en la muerte de una menor de edad después de una fiesta en la que la droga debió ser la protagonista...

Y también el cuadro familiar de otro clan, el de la familia de la mujer de Menem, el de los Yoma, cuñados, parientes y amigos, algunos ya encausados por la justicia y otros en la cárcel: drogas, blanqueo de narcodólares, prevaricación, venta de influencias y lo que ustedes puedan imaginar. Y la mujer de Menem, Zulema Yoma, planteando su divorcio legal, demandándole por adulterio público y clamoroso por haber recibido malos tratos...

Entre éstos y otros clanes, Menem se mantiene con el apoyo de los *celestes*, el vicepresidente Duhalde, el fiel y turbio ministro Bauzá y el senador y hermano menor Eduardo Menem, trío no libre de sospechas de blan-

queo de dinero procedente del narcotráfico, de defraudación al Estado, extorsión a grandes compañías nacionales y extranjeras y un largo etcétera.

¿Y qué ha estado haciendo y hace el presidente? Entre otras labores de Estado, se hace fotografiar jugando al fútbol o al baloncesto, sube el nivel de sus tacones para parecer más alto, se hace implantar cabellos para disimular la calvicie o inyectar colágeno para eliminar arrugas en su rostro, aparece en televisión en programas festivos haciendo monerías, destituye a algún miembro del clan Saadi y del clan Yoma, tiene miedo a lo que pueda declarar su ex mujer, niega cualquier implicación suya, de los *celestes* o de su hijo Carlos Saúl en asuntos turbios, habla de campañas tenebrosas contra él y su Gobierno, y se queja a Felipe González por el mal trato que recibe en la prensa española, que sólo difunde calumnias y embustes, como si la prensa y otros medios de comunicación argentinos fuesen hermanitas de la caridad.

Lo ocurrido con Maradona, su embajador deportivo en el mundo, es triste: la historia de un muchacho pobrísimo dotado excepcionalmente para el fútbol, que triunfa en su país, que llega a España rodeado de una corte de gente que viven de él y lo manejan como quieren, que en Italia llega a ser un ídolo, y la corte aumenta y le lleva al mundo de la droga y a otros submundos, que cuando estalla el escándalo se refugia en Argentina, para ser allí atrapado en otro asunto de drogas: ídolo de oro, muñeco roto y puesto en la picota por todos los bienpensantes. Tristísimo.

Pero lo que está ocurriendo con Menem no es triste para él, sino para el pueblo argentino. Es un personaje tragicómico en medio del desastre nacional, por más piruetas que haga ahora anunciando tremendas campañas contra la droga ayudado por especialistas norteamericanos, y predique además austeridad y guerra a la corrupción. Hace poco, la prensa española anunciaba que Menem había propuesto como comisario de su país en la Expo-92 de Sevilla a Mario Anello, uno de los sospechosos de blanquear dinero del narcotráfico en España. El pueblo argentino no se merece tanto desastre. Es para ponerse a llorar: yo amo ese país por muchas razones. Para llorar.